

LA SUCESIÓN APOSTÓLICA EN SU SIMBOLOGÍA

P. S.

Si se analizan los mandatos y enseñanzas de Jesús a los Apóstoles, no es posible pasar por alto el que dice (Mt 29, 19-20) «Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Id, entonces, y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo os he mandado. Y yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo». De él debe deducirse que, sabiendo que era imposible que éstos cumplieran tal misión en lo que les quedaba de vida, el Señor ya tenía prevista la sucesión apostólica; del mismo modo que, al elegir a Matías tras la muerte de Judas, como se muestra en Act. 1, 15-26, los Once, tenían conciencia de esta necesaria sucesión y así se hace menifiesto en la iniciativa de Pedro: *Uno de esos días, Pedro se puso de pie en medio de los hermanos —los que estaban reunidos eran alrededor de ciento veinte personas— y dijo «Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, habla de Judas, que fue el jefe de los que apresaron a Jesús. Él era uno de los nuestros y había recibido su parte en nuestro ministerio».*

Este año de 2013 hemos sido testigos de que esta realidad se sigue cumpliendo, como ha sucedido, y de una manera históricamente muy peculiar, en la sucesión de Benedicto XVI por Francisco. Históricamente peculiar porque, si raro es que un Romano Pontífice abdique —ninguno lo había hecho desde Gregorio XII en 1415—, más infrecuente ha sido en la historia de la Iglesia la elección de un papa no europeo, dado que el último fue el sirio San Gregorio III, en el año 731. Así Francisco es el primer pontífice no europeo en casi mil trescientos años, el tercero de lengua española, tras Calixto III y Alejandro VI y el primero nacido en el continente americano.

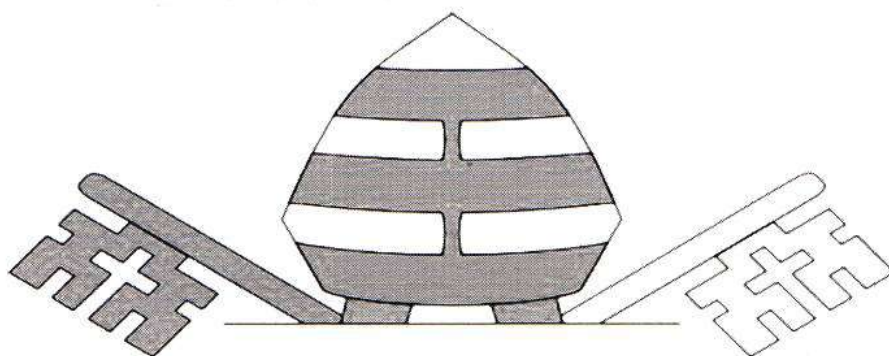
Pero, alemán o argentino, el Papa es elegido por los cardenales que, como personas, han de emitir su voto, en el terrible marco de la Capilla Sixtina, presidida por el fresco del Juicio Final, ante el que, cada vez que depositen su voto dentro del Cáliz que está sobre el Altar, formularán el juramento prescrito: «Testor Christum Dominum qui me iudicaturus est me eligere quem secundum Deum iudice eligi debere et quod idem in accessu præstabo», que puede traducirse como «Pongo por testigo a Cristo, el Señor, quien me ha de juzgar, que estoy eligiendo a quien, de acuerdo con Dios, creo que debe ser elegido y que esto mismo antepondré en lo venidero». Y el electo pasa a ser, (Cfr. CIC, 331) el Obispo de la Iglesia Romana, en en quien permanece la función que el Señor encomendó singularmente a Pedro, primero entre los Apóstoles, y que había de transmitirse a sus sucesores, es cabeza del Colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal en la tierra».

Y resulta lógico que, esta sucesión de origen sobrenatural —(Mt. 16, 17-19) «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos»— quiera simbolizarse de alguna manera en una Iglesia que se reconoce como sacramento universal de salvación y define los sacramentos, entre otras cosas, como signos sensibles. Repasemos algunos de los principales símbolos de que, con el cambio de pontificado, hemos sido testigos.

EL ANILLO DEL PESCADOR. Su nombre se debe al antiguo oficio de pescador del apóstol San Pedro, el primer papa. Cada Sumo Pontífice porta un anillo, hecho con los restos del usado por el anterior, donde se grabará un nuevo sello. Este Anillo del Pescador tiene la imagen de san Pedro pescando en un bote, bordeado por el nombre del papa que ocupa la sede en ese momento en latín. El anillo del papa anterior es retirado por el cardenal Camarlengo e impuesto al nuevo por el Decano del Sacro Colegio en la ceremonia de su proclamación solemne.

Al tiempo que se impone el anillo, el cardenal Protodiácono impone al Papa el **PALIO**. Insignia que actualmente llevan en torno a su cuello sobre todo los arzobispos en las celebraciones más solemnes. Es una tira de tela blanca, con seis cruces, que cuelga del cuello sobre los hombros, a modo de collar o bufanda, con dos puntas que caen una por delante y otra por detrás. En el imperio romano era un distintivo para los que el emperador quería honrar, y luego pasó a honrar al papa y a los obispos a quien el papa se lo concedía. Hoy se impone a los arzobispos como «signo de la autoridad metropolitana y símbolo de unidad y estímulo de fortaleza». El palio, cuyo uso regula el CIC en su canon 437, debe estar elaborado de lana de cordero y depositado ante la tumba de San Pedro.

El **BÁCULO**, palabra que proviene del latín *baculum, baculus*, en diminutivo *bacillus*, que significa bastón o cayado. En sentido figurado y simbólico pasó a indicar «apoyo», por su función de ayuda para caminar, y sobretodo «autoridad», por el paralelo con la vara o bastón con que el pastor guía y gobierna a su rebaño, como se ve en el salmo 23: «tu vara y tu cayado me confortan». Así, si el bastón



de mando es algo inherente a la autoridad en muchas manifestaciones culturales, en el ámbito eclesiástico el báculo pasó a ser la insignia simbólica del obispo como pastor de la comunidad cristiana. Por ello el obispo —y el Papa es Obispo de Roma— recibe el báculo el día de su ordenación, como uno de los signos explicativos de su ministerio: «por la entrega del báculo pastoral, se pone de manifiesto su función de regir la iglesia que le ha sido encomendada» (Ritual 26). Cuando lo recibe escucha estas palabras: «recibe el báculo, signo de pastor, y cuida de toda tu grey, porque el Espíritu Santo te ha constituido obispo para que apacientes la Iglesia de Dios».

Así, con el PALIO y con el BÁCULO, distintivo del oficio de los obispos desde el siglo VII, se une al pescador de hombres la simbología del Buen Pastor del rebaño de los creyentes y éste a la imagen de Jesús como Cordero de Dios. No hay que ignorar la simbología del cordero en la iconografía paleo cristiana. Nótese aquí que Benedicto XVI innovó la heráldica pontificia, introduciendo el palio en el escudo y retirando la tiara, desusada desde Juan Pablo I, que ha sido sustituida por la mitra.

La TIARA y la MITRA. La tiara es una especie de mitra cónica u ovalada y rodeado de tres coronas —la palabra deriva del griego— que simbolizaban la triple potestad del Romano Pontífice sobre sacerdotes, profetas y reyes. La MITRA, igualmente del griego, es, a su vez, un tocado o gorro para la cabeza, a modo de tiara, cinturón o diadema, aparece en el Antiguo Testamento hablando de los sacerdotes (Ex 29, 9; 39, 28-31): algunas biblias lo traducen como «turbante» o bien por «birreta». Nótese que, en la ordenación de un obispo, la mitra simboliza el yelmo armado con los cuernos de ambos testamentos que la Iglesia impone a su paladín.

Ya desusadas, están las mulas o sandalias del pescador. Otras prendas, sotana, solideo tocado con que se cubre el sacerdote y que se quita, de ahí el nombre sólo para Dios, en latín *soli Deo*, faja, estola, casulla, cingulo, amito, con que es revestido el pontífice son ornamentos propios del sacerdote y no se va a incidir aquí en su simbología. Sin embargo quedan dos aspectos importantes de la indumentaria pontificia que conviene reseñar. Los ornamentos rojos y la sotana y solideo blancos.

El COLOR ROJO y el COLOR BLANCO. En realidad, el color propio del romano pontífice es el COLOR ROJO. El color rojo es el utilizado en la liturgia católica propia de Pentecostés, el Espíritu Santo y las fiestas de los apóstoles y mártires, evocando el fuego de la caridad y sangre derramada por Cristo. Por eso rojas eran las mulas y roja son la estola y la capa del Papa; y rojo sigue siendo el color de luto por la muerte del Papa.

Igual que se ha querido ver en la Curia pontificia y, particularmente, en el Colegio Cardenalicio, un trasunto del Senado Romano, cuya toga estaba orlada en rojo, igualmente se ha querido ver en el rojo pontificio una reminiscencia de la púrpura imperial. Por eso, los cardenales, como creados por el Papa y sus más íntimos colaboradores, visten el color rojo o púrpura.

¿Por qué entonces el Papa viste sotana, faja y solideo blancos? Aquí la respuesta está más en la tradición que en la simbología. El blanco en la Iglesia ha significado siempre la pureza, y blanca por ello es el alba —del latín *albus*— con que el sacerdote se reviste para el ejercicio de su ministerio. Blanca era también la túnica que cubría a los bautizados y a los catecúmenos. De ahí el actual color blanco del mantón de cristianar o que se denominara «domingo in albis»



al domingo siguiente al de Pascua, en que quienes habían sido bautizados en esta fiesta acudían al templo vestidos con el alba.

Sin embargo hoy, la sotana, faja y solideo blancos obedecen a la costumbre de algunos pontífices de conservar, bajo las vestiduras de la dignidad del Ministerio Petriño, el hábito propio de su orden, si éstos provenían del clero regular. Así blancos eran los hábitos del cister o de la Orden de Predicadores, a la que pertenecía San Pío V, Papa a partir del cual, pero no sin que haya precedentes anteriores, se ha impuesto tal costumbre. 